

do le adoraron, ofreciéndole por presente, oro, incienso y mirra.

Puede muy bien creerse que manifestaron á María quiénes eran, y que le refirieron cómo Dios los había llamado, cómo había obrado en su espíritu y sobre su corazón, cuando apareció la estrella, mostrando á la Madre del que ellos venían á adorar todo el respeto que le era debido. ¿Sintió María la menor complacencia en los honores que la tributaron? No; los recibió con un perfecto desinterés, y los devolvió á su Hijo en quien solo se miraba y en quien únicamente existía. El sentimiento que entonces la ocupó, fué el bendecir á Dios de que hiciese conocer su Hijo á las naciones idólatras, y de que empezase ya á destruir por sí mismo el imperio de los falsos dioses. ¿Qué contento para ella el ver á su divino Infante adorado por grandes y por sabios, que á su vuelta debían anunciarlo en su país! De ello se alegró por su Hijo, no por sí misma; y si ella había mostrado mas sencillez á la venida de los pastores, iguales suyos por la condición, manifestó mas humildad en la venida de los magos, cuyas señales de veneración hubieran costado caras á su modestia, si lo hubiese mirado de otro modo que en el orden y los designios de Dios, á quien lo refería todo.

Cuanto mas elevadas son segun el mundo las personas que nos rinden homenajes, mas estos homenajes lisonjean naturalmente el amor propio, y mas peligrosos en dejarnos cautivar por él. María nada tenía que temer por esta parte. Veía su dignidad de Madre de Dios reconocida por los grandes de la tierra, lejos de engrairse por ello la hacen aún mas humilde. En los respetos que le tributan los magos no ve sino el efecto de la gracia, y la deja obrar con toda libertad en la expresión de sus sentimientos, no viendo en todo nada mas que á Dios glorificado por ellos y á ella en él. ¡Cuánto es menester tener una intención tan pura como la de María, para no ver como ella, sino el honor de Dios en el que con justo título se nos tributa! Muy grande humildad es sin duda sustraerse tanto como se puede á los elogios y á las distinciones que atraen la virtud y los favores del cielo. Pero es

mucho mayor la de recibir estos elogios y estas distinciones sin apropiárselas, y hacer de manera que toda la gloria venga á recaer en Dios. Adelántome á decir, que en esta entrevista la admirable virtud de María fué para los magos una prueba de la divinidad de su Hijo, y que reconocieron que solo la Madre de un Dios podía juntar tanta humildad á tanta grandeza.

## CAPITULO XXI.

### LA CIRCUNCISION

**L**LEGADO el día octavo en que debió ser circundado el niño: le fué puesto el nombre de Jesus, nombre que le puso el ángel antes que fuese concebido. (Luc., II, 21.) En el misterio de la circuncision de Jesucristo, dejemos aparte lo que á él concierne para no ocuparnos sino de lo que respecta á María.

Ella ve á este divino Niño sujeto por orden del Padre celestial y por su propia voluntad á una ley rigurosa, y humillante y que no era hecha para él. Veía que el que era la misma santidad, pasando por esta ley, se reconocia pecador, y se sujetaba á la práctica de todas las observancias legales. Entrevió, á lo menos confusamente, que por la efusion de su sangre libraria su pueblo de sus pecados, segun lo había dicho el ángel á José; que derramaba ya las primicias, que las ofrecía á su Padre, y que en esta dolorosa ceremonia hacia el ensayo de otro mas grande sacrificio, cuya víctima había de ser un día.

¡Oh tierna Madre! ¡De qué dolor no quedásteis penetrada al ver la carne de vuestro Hijo cortada por el cuchillo de la circuncision, cuando oísteis sus gritos, y visteis correr á la vez su sangre y sus lágrimas! ¿Quién ignora lo que en semejante circunstaucia tiene que sufrir una madre por la vivacidad de su imaginación, y de la compasión? El mismo cuchillo desgarró pues,

vuestras maternas entrañas, y no fuísteis menos sensible á su incision que vuestro mismo Hijo.

Mas ¡con qué resignacion, con qué sumision soportásteis esta pena! Adorando los consejos del eterno Padre, entrásteis en los sentimientos de su Hijo, y con su sangre ofrecísteis vuestro propio dolor en satisfaccion á su justicia y en reparacion de su gloria ultrajada por los pecados de los hombres. Entonces vislumbrásteis lo que os costaria en todo el decurso de su vida, y aceptásteis anticipadamente las pruebas que os costaria su estado de víctima, uniendo al suyo vuestro sacrificio. Dios que queria ejercitar de continuo vuestra fe, no os dió entonces una idea clara de todo lo que presagiaba aquella primera efusion de la sangre de vuestro Hijo; mas así como queria que estuviésteis como él en un estado habitual de sufrimiento, os dió el presentimiento de todo lo que debia suceder algun dia.

Si conocísteis todas las grandezas del adorable nombre de Jesus, si comprendísteis que este grande nombre reconciliaba á Dios con los hombres, que habia de ser algun dia cubierto de gloria, y que toda rodilla se doblaria en el cielo, en la tierra y en los infernos al oír este nombre divino, tambien penetrásteis todas las obligaciones que os imponia, ya con respecto á Jesus, ya con relacion á vos misma. Conocísteis que si Jesus debia ser un varon de dolores y de oprobios, la Madre de Jesus debia precisamente tener parte en estos oprobios y en estos dolores; y que si por este título debíais ser elevada sobre todos los ángeles, por este mismo título debíais ser abatida mas que todas las mujeres. Hé aquí las ideas y los sentimientos que ocuparon á María durante tan dolorosa operacion, y durante todo el tiempo necesario para la curacion de la herida.

Si nosotros queremos ser con Jesus glorificados, dice san Pablo, preciso es que padezcamos con él. Cuanto mas á él nos acerquemos por la imitacion, mas estrechamente nos unirá con él el amor, y mas debemos prepararnos para padecer. La circuncision del corazon que él exigirá de nosotros en toda su extension,

es un agudo y prolongado martirio. Mas el amor de Jesus, la union de Jesus, la dicha de parecerse á Jesus y á su santa Madre, nos lo endulzará, nos lo hará amar y preferir no solo á los falsos placeres de la tierra, sino hasta á las sólidas consolaciones del cielo.

---

## CAPÍTULO XXII.

### LA PURIFICACION.

EL dia cuadragésimo despues de su parto, María, cuidadosa de observar puntualmente la ley de Moisés, se dirige al templo para purificarse á sí misma, para presentar al Señor aquel Hijo que le pertenecia en calidad de primogénito, y para rescatarle por medio de la ofrenda de dos tórtolas ó dos palominos. Todas las demas mujeres judías practicaban en ocasion semejante las mismas observancias de la ley; pero María las cumplió con una perfeccion que solo á ella convenia.

Sujetóse pues, á la ley de la purificacion; aunque es evidente que no estaba comprendida en ella habiendo sido virgen en su alumbramiento. Consiente pues, en pasar en público por una madre ordinaria, tiene oculto el secreto de su milagrosa virginidad, y ni una palabra profiere que pueda dar indicios de lo que es ella en efecto. ¡Qué humildad! Ocultemos pues, á ejemplo suyo bajo las mas comunes apariencias las gracias que Dios pudiera dispensarnos, y no temamos el sujetarnos por esta consideracion á ciertas cosas de que tuviéramos derecho de eximirnos. No dejan de ser grandes los favores celestes, pero mucho mas grande es la humildad que los encubre. Aunque nos viésemos encumbrados sobre los serafines, hagamos de modo que se nos mire siempre como almas comunes, y nunca demos deliberadamente lugar á los que viven á nuestro lado á que nos tengan un aprecio singu-

lar. Es necesario ser santo, no hay duda, y tan santo como se pueda; es menester edificar al prójimo con las palabras y con las obras, pero nadie será jamás verdaderamente santo sino por lo que cuidare de sepultar en sí mismo, digámoslo así, los dones del cielo, y de no distinguirse de los demás en lo exterior.

María ofrece su Hijo á Dios como un bien propio de él, y que de él ha recibido tan solo para devolvérselo, uniendo su ofrenda con la que el Hijo hacia entonces de sí mismo al Padre celestial. Comun es su sacrificio y animado de los mismos sentimientos. El Hijo sabia distintamente á qué se consagraba: la Madre no tenia de ello sino una idea confusa y general; mas ella lo aceptaba todo, lo consentia todo para su Hijo y para ella. Porque ofreciéndolo no solamente se ofrecia ella, sino que ofrecia lo que le era infinitamente mas amado que ella misma; y su ofrenda tanto de él como de ella, eran sin reserva, sin restriccion, hecha con toda la plenitud de su corazon, con un amor y una generosidad sin límites, extendiéndose á todos los designios de Dios conocidos y desconocidos.

Nosotros en la ley de gracia pertenecemos á Dios bajo todos los conceptos, de un modo mas especial que le pertenecian los primogénitos en la ley de Moisés. Nuestro primer deber y el primer uso que debemos hacer de nuestra razon y de nuestra libertad, es ofrecernos á él á fin de que disponga de nosotros como sea de su agrado, ejerza sobre nosotros su supremo dominio y cumpla en nosotros su voluntad. ¡Oh! Si estuviésemos bien persuadidos de esta gran verdad, que ya no somos absolutamente de nosotros, que nada tenemos propio, que no existimos para nosotros sino para Dios, ¡con qué fervor nos consagráramos á él! ¡Con qué amor le sirviéramos! ¡Con qué desinterés trabajaríamos únicamente para su gloria! ¡Con qué generosidad le hiciéramos todos los sacrificios que de nosotros exigiera, sabiendo que conserva todos sus derechos sobre lo que nos ha dado, y teniéndonos por muy dichosos de podérselos tributar! Dios lo dió todo á María dándole su propio Hijo; María lo devolvió todo á Dios

consagrándole su Hijo, y sacrificándolo todo en él sobre la tierra, lo recobró todo en el cielo, en donde por medio de su Hijo dispone de todos los tesoros de la Divinidad. Si Dios nos lo pide todo, no es porque eche á menos sus dones, es para desapropiarnos de ellos y para devolvernos en seguida mucho mas de lo que nos ha dado. Así lo hizo con Jesucristo y con María; así lo hará con nosotros si lo imitamos.

En fin, para el rescate de Jesus, segun estaba ordenado por la ley, ofreció María en calidad de pobre dos tórtolas ó dos palominos. Dios no miró su mano sino su corazon. Los ricos, que le hacian ofrendas de mucho mas valor, no le eran tan agradables, porque eran menos perfectas sus disposiciones. ¿Qué importa á Dios que le demos, si no se lo da el amor? Y cuando el amor es quien se lo da, ¿qué le importa se le dé poco ó mucho? Nada sabe reservar el amor, cuando se trata de Dios. Lo da todo, ó á lo menos está pronto á darlo todo á medida que Dios se lo vaya pidiendo. Si nada tuviese, se daria á sí mismo y este don supliria abundantemente á todos los demás. María, desnuda de bienes temporales, penetró perfectamente esta verdad. Nunca sintió tener poco para dar á Dios; pero lo poco que le dió se lo dió con tanto amor, que nadie se lo ha dado ni dará jamás con tanto amor como ella. Yo he dejado grandes bienes por Dios, he renunciado á las mas altas esperanzas: ¿de qué precio será esto en sí mismo delante de Dios? Del precio que en ello habrá puesto el amor. Los apóstoles no dejaron sino sus barcas y su redes. Reyes y reinas que han renunciado el trono han dejado menos que ellos, si lo renunciaron con menos generosidad y amor. Los hombres atienden al sacrificio exterior. Dios no mira sino el del corazon, y este, rico ó pobre, no depende sino de nosotros.

## CAPITULO XXIII.

## ENCUENTRO DE SIMEON.

**H**ABIA, dice S. Lucas, en Jerusalen un hombre llamado Simeon. Este hombre era justo y temeroso de Dios; esperaba el consuelo de Israel, *es decir, el Mesias*, y el Espíritu Santo estaba en él. Había recibido una promesa del Espíritu Santo que no moriría, sin que hubiese visto al Cristo del Señor. Vino pues, al templo movido por el Espíritu, y al entrar con el niño Jesus sus padres. . . . lo tomó entre sus brazos, bendijo á Dios, y exclamó: Ahora, Señor, saca en paz de este mundo á tu siervo segun tu promesa, porque mis ojos han visto ya al Salvador que nos has dado, que has expuesto á la faz de todos los pueblos como la luz que debe ilustrar las naciones, y que será la gloria de Israel el pueblo tuyo. Y el padre y la Madre de Jesus estaban admirados por las cosas que de él se decian.

Observemos desde luego cómo María recibe una tras otra nuevas luces que la ilustran por lo que respecta á Jesus, y que le aseguran mas y mas en su maternidad divina. Esto es lo que sucede al principio de los estados extraordinarios en que se halla un alma. Dios multiplica en ella los testimonios; no deja duda alguna de sus designios ni al alma que ha escogido ni á su director. De ellos se vale tambien para afirmarla en la fe, que pondrá despues á duras pruebas. Notemos tambien lo que ya antes he observado, que María no pidió ninguna de estas seguridades, y que no obstante le venian cuando menos lo pensaba.

Simeon, guiado por el Espíritu Santo, entra en el templo en el momento de entrar Jesus, le toma entre sus brazos desde los brazos mismos de su Madre, lo adora, y le da las mas tiernas demostraciones de su amor. Y despues trasportado de gozo, pide á Dios que le deje morir en paz, porque ha visto al autor de

la salud del género humano, al que debe ser la luz de las naciones y la gloria de Israel. Oye María estas palabras como si Dios las dirigiese á ella misma, las escucha con respeto, las medita y se nutre de ellas. Nada pierde de lo que sobre su Hijo se dice delante de ella, y ve reconocida que la luz se va aumentando sucesivamente, y que por un progreso admirable, Elizabet, Zacarías, los pastores, los magos, Simeon, todo conspira á ilustrarla mas y mas. Ella y José están admirados de lo que oyen decir del infante Jesus.

No es menor la sorpresa de un alma á quien Dios ha manifestado los designios que sobre ella tiene, cuando ve que muchas personas son como suscitadas por Dios para confirmarla en lo que le fué revelado desde un principio. Cuando menos se halla inquieta y se muestra curiosa en este punto, mas seguridades recibe de donde menos las esperaba.

¿Qué debemos concluir de aquí? Que es menester fiarse de Dios, y creer con una indestructible firmeza y un ciego abandono, que no nos denegará ninguno de los testimonios indispensables para asegurarnos que nuestro estado es obra suya. No quiere que procuremos convencernos con nuestro propio raciocinio. Este medio nos engañaría, y cualquiera que en él se apoyase no podría estar seguro de que no se alucina, pues las cosas divinas no están sujetas al razonamiento humano. Mas quiere que despues de la primera revelacion de sus designios se quede en paz, y que de él solo se esperen todas las confirmaciones necesarias. El las dará infaliblemente, no al propio espíritu que las pidiera, sino á la confianza que descansa en todo sobre él y que se guarda bien de anticiparse á sus divinas luces. No las prodiga, sino que las distribuye con sabia economía, disipando toda duda, y dejando siempre no obstante una cierta oscuridad. Levanta el velo poco á poco, pero nunca enteramente, hasta el perfecto cumplimiento de sus designios. Y si Dios obra así, es tan solamente para su gloria y para nuestro bien. Si todo nos lo declarase de golpe, nos aterrara la vista de las pruebas que

nos destina; ningun mérito tuviéramos en dejarnos conducir, sabiendo de antemano á qué punto debemos llegar, y nuestros sacrificios nada tuvieran de real ni de glorioso para él, porque veríamos en lo que han de terminar.

Nadie, despues de Jesucristo, tuvo mas alto destino que María; y nadie ha tenido menos curiosidad en saber sus pormenores. Nunca apartó su vista de la fe; aprovechóse de cuantas luces le fueron dadas; pero no las deseó, contenta en quedarse en aquel grado de oscuridad en que Dios gustase dejarla. No es pequeña cosa imitarla fielmente en este punto; y para esto es menester desde la entrada del camino una muerte entera á nosotros mismos, ó sea á nuestra propia voluntad.

---

## CAPITULO XXIV.

### PREDICION DE SIMEON SOBRE JESUS Y MARÍA.

**S**IMEON, prosigue S. Lúcas, les bendijo, diciendo á María Madre de Jesus: Este Niño que ves está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion de los hombres; lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma, á fin de que sean descubiertos los pensamientos ocultos en los corazones de muchos.

La parte de esta profecía de Simeon que mira á Jesucristo es una de las mas profundas que se leen en la Escritura, pues anuncia que el Hombre Dios fué durante su vida, y será hasta el fin de los siglos, el motivo de la pérdida de los unos y de la salud de los otros, y una señal que experimentará contradicciones, á fin de que sean descubiertos los pensamientos secretos de los corazones. María, á la cual se dirigieron estas palabras, comprendió pues, segun la luz que Dios le dió, que su Hijo ofrecería á los hombres un conjunto de grandeza y de abatimiento, de poder y de

debilidad, de gloria y de ignominia, de luz y de oscuridad; que atraería á unos, que indignaría á otros. que ejercitaria la fe de los que creyesen en él, y que ejercitándola la afirmaría; que chocaría y abatiría á los incrédulos, causando su ruina, haciendo patente la rectitud de los corazones de los primeros, y la malicia de los segundos. Comprendió lo que su Hijo tendría que sufrir de la contradiccion de los hombres, que seria desechado de la mayor parte de la nacion misma que por tanto tiempo lo aguardaba como su libertador; que lo mismo sucederia mas ó menos con las otras naciones; y que entre los que profesarian un dia su religion, un grande número de incrédulos, de herejes, de libertinos, de malos cristianos estarian opuestos en sentimientos y en conducta á la doctrina y á los ejemplos de Jesucristo; en una palabra, que se le haria la guerra en todos lugares, y que esta guerra duraria hasta el fin del mundo.

No quiero decir que María tuviese entonces una idea distinta de todo esto; pero sí la tuvo general, suficiente para darle á entender todo lo que su Hijo sufriria, y todo lo que ella misma tendría que sufrir con respecto á él. Nada mas claro y mas positivo que el anuncio que de ello le dió aquel santo viejo: *Una espada traspasará tu corazon.* ¿Qué espada será esta, sino la que quitó la vida á Jesucristo? Esta espada traspasará no el cuerpo sino el alma de María: será una espada espiritual, que por la compasion le hará sentir todos los dolores de su Hijo de todo género. Su corazon no los sentirá como quiera, sino que ellos la penetrarán y la traspasarán: los padecimientos de los mártires, las penas interiores de las almas mas puestas á prueba, nada tendrá de comparable con sus penas.

¿En qué disposicion recibió ella tan acerba profecía? La recibió con amor, con paz, con una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, y desde aquel momento unió su cruz con la de su Hijo. Hasta entonces nada semejante á esto se le habia anunciado; ni parecia que, despues de lo que le habia dicho el ángel tocante á la grandeza de Jesus, debiese esperar un prenuncio tal

como el de Simeon. Mas Dios no declara á la vez todos sus designios, y sin contradecirse, anuncia en diferentes tiempos cosas al parecer opuestas, pero que sabrá muy bien conciliar. María, que recogia con cuidado, que meditaba en su corazon todo lo que se le habia dicho con respecto á su Hijo, no pudo dejar de notar la aparente oposicion que se hallaba entre las palabras del ángel Gabriel y las de Simeon. No dejó tampoco de reconocer que unas y otras venian de Dios, creyéndolas firmemente sin buscar cómo conciliarlas, bien segura de que todo se cumpliria á su tiempo.

Tres cosas que imitar ofrece aquí María á las almas interiores. La primera, que se persuadan y convenzan de que sus sufrimientos tienen una íntima union con los de Jesucristo, cabeza de los predestinados, siendo un resultado y una dependencia de aquellos, y que las hace partícipes de su cruz porque muy especialmente le pertenecen. La espada penetró tan profundamente en el corazon de María, porque era la madre de Jesus, y no penetra proporcionalmente en ciertas almas escogidas, sino porque son las esposas de Jesus. No separen pues, ellas jamas sus sufrimientos de su Esposo, y mírenlos como formando un mismo todo. Nada mas propio para alentarlas y sostenerlas. Jesus no me hace sufrir sino porque soy de él, y para que lo sea mas todavía.

La segunda cesa en la que deben imitar á María es en aceptar con la misma paz, el mismo amor, la misma conformidad las cruces que les serán anunciadas; en no dejarse aterrarse ni turbar por su terrible perspectiva, sino creer firmemente que Dios les dará la fuerza necesaria para soportar las pruebas que les prepara. No se abatan pues, no dejen correr sin freno su imaginacion, ni se debiliten de antemano por medio de vanas y peligrosas reflexiones.

La tercera cosa, en fin, es que no se atormenten para conciliar lo que Dios les dice en un tiempo, con lo que les dice en otro.

Estas cosas parecen muchas veces contradecirse, como la ordenada á Abraham de inmolar á Isaac parecia absolutamente con-

traria á las promesas que Dios le habia hecho por lo tocante á su hijo. Esta aparente contradiccion es lo que nos viene de parte de Dios, y no nos demos pena para conciliarlo, pues este es negocio de Dios, no nuestro. Guardemos los ojos humildemente cerrados hasta el desenlace, en el cual veremos, como Abraham y María, todas las predicciones de Dios enteramente cumplidas.

## CAPITULO XXV.

### LA HUIDA Á EGIPTO.

**H**ERODES instruido por los magos del nacimiento del nuevo Rey de los judíos, es decir del Mesías, temió por su corona, y formó el designio de quitarle la vida. Cuando estaba ya para ejecutarlo, un ángel del Señor apareció en sueños á José diciéndole: *Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise; porque Heródes ha de buscar al Niño para matarle. Levantándose José tomó al Niño y á su Madre de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Heródes.*

A José como cabeza de la santa familia es á quien comunica el ángel las órdenes del Señor. No envidió María esta preferencia, ni aún le ocurrió al pensamiento. Parecia no obstante, que la orden del cielo debia dirigirse mas bien á ella, pues en cierto sentido era mas digna de este favor que José; el Niño pertenecia á ella sola, y en él debia interesarse mas vivamente que José. Y si María no recibia sola el celeste mensaje, ¿no podia el ángel del Señor darle este aviso al mismo tiempo que á José? Hé aquí las reflexiones que hubiera hecho consigo misma un alma imperfecta y susceptible de amor propio. Pero María no las hizo, y nos enseña á no hacerlas en ocasion semejante, y á recibir con respeto las órdenes del cielo por cualquier camino que